

DE LA NECESIDAD AL DESEO. LA PSICOTERAPIA HUMANISTA: “LABORATORIO”, Y EXPERIENCIA DE HUMANIDAD FROM NEED TO DESIRE

José Antonio García-Monge

Universidad Comillas ICAI-ICADE, Madrid, España

Profesor emérito (Psicología) de la Universidad Comillas ICAI, ICADE, Madrid, España

Director del Instituto de Interacción (Madrid) y co-director (Barcelona)

Cómo referenciar este artículo/How to reference this article:

García-Monge, J.A. (2017). De la necesidad al deseo. La psicoterapia humanista: “laboratorio”, y experiencia de humanidad. *Revista de Psicoterapia*, 28(107), 75-84.

Resumen

El artículo describe el proceso psicoterapéutico como una relación de personas. Terapeuta y paciente protagonizan una relación de “sujeto”.

No se trata de “sanar” algo sino a alguien. Esta relación pasa por la exploración del manejo de necesidades humanas (comprender, amar, crear) y aprender a integrarse en su universo.

El mundo de las necesidades no debe clausurar el crecimiento personal. La mujer, el hombre, son sujetos de deseos. Sólo alcanzar el nivel del deseo puede dar la auténtica estatura humana.

El amor, en el lenguaje auténtico y correcto, sana. Aprender a conocerse, amarse y amar ampliando horizontes personales es terapéutico y humaniza.

De la terapia del “objeto” a la del “sujeto” hay un camino terapéutico que la Psicología Humanista recorre en la relación y alianza o vínculo psíquico.

Palabras clave: Sujeto. Objeto. Persona. Necesidad. Deseo. Amor. Terapeuta. Trascendencia. Yo-Tú. Nosotros.

Abstract

This article describes the therapeutic process as a relationship of persons whereby both therapist and patient engage in a relationship of the “subject”. The goal of this relationship is not to heal “something”; rather it is to heal someone. The relationship explores the management of our human needs (to understand, love, create) and learn to integrate them into the patient’s universe.

This world of needs does not shut down personal growth. Man and woman are subjects of desire, and only the achievement of this level of desire gives authentic human stature.

Love, authentically and correctly understood, heals. Learning to love, to love oneself, and to love in a way that expands our personal horizons is both therapeutic and humanizing.

From a therapy centered on the “object” to that of one focused on the “subject”, there is a therapeutic road that Humanistic Psychology travels in the alliance or psychic link between therapist and patient.

Keywords: Subject. Object. Person. Need. Desire. Love. Therapist. Transcendence. I-You. We

Fecha de recepción: 10 de mayo de 2017. Fecha de aceptación: 15 de junio de 2017.

Correspondencia sobre este artículo:

E-mail: jagmonge@yahoo.es

Dirección postal: c/ Santísima Trinidad 32. 28010, Madrid. España

© 2017 Revista de Psicoterapia



Cuando aquí se habla de “laboratorio” no hay que pensar en probetas, microscopios, centrifugadoras... no se trata de biomedicina o física, ni siquiera en un laboratorio de la humana conducta. Se trata de un espacio interpersonal en el que, de una manera protegida, y experiencial, el sujeto investiga el: ¿quién soy yo?, ¿Cómo me está afectando lo que impacta mi vida? ¿Qué aprendo de mí? Y ¿quién quiero ser?: cómo vivir coherente, pacíficamente conmigo mismo y con los demás desde lo que soy.

El hombre, la mujer, acuden al psicoterapeuta con una demanda concreta o indefinida. Juntos creamos *una terapia del sujeto*, no del “objeto”: enfermo que hay que sanar. Esa persona nos trae también su dimensión de salud a la que hay que prestar una atención y cuidado. Si crece su espacio de salud, relativamente disminuirá el de enfermedad. El sujeto ampliará sus recursos y capacidades para elegir sus conductas, configurar actitudes mas sanas.

En este escrito se desarrollan un par de triples necesidades que a nivel experiencial acontecen en la vida del sujeto terapéutico y dejan huella, a escala, en la relación paciente-terapeuta. Necesidades que son antesala del deseo humano, libre, que subyacen al devenir personal, que nunca es un fenómeno individual aislado, sino que acontece en la comunidad psicosocial, en el grupo humano del cual formamos parte. La psicoterapia es un encuentro de personas más que un contacto de roles. La intención del escrito es patentizar que lo que el paciente relata, sucede “transferencialmente” o no, a escala, en el aquí y ahora de la terapia humanista, a través del vínculo o alianza de ayuda.

Necesidades

La persona es un ser en relación: “Toda vida verdadera es encuentro” dice Martin Buber (1984) el filósofo más citado en Psicología Humanista. La persona es un “ser- en-- relación”. Yo no puedo hablar de mí sin que “el otro”, “los otros” que me constituyen en un yo-tú entren en mi relato existencial. ¿Qué necesita el yo, psicológicamente hablando y qué sigue necesitado cuando deviene conscientemente un “nosotros”? ¿Cómo pasar en psicoterapia humanista de la “necesidad” al “deseo”, que es lo que con mayor profundidad define lo humano?

Se pueden enumerar las necesidades en la siguiente forma:

Necesidades del yo individual

- I.- 1º Amar y ser amado.
- 2ª Comprender su “universo vital”.
- 3º Crear: ser útil.

Cuando alcanza o es alcanzado por un “nosotros” (camino de madurez) aparecen las:

Necesidades del “nosotros”

- II.- 1º: Inclusión (estar-en-contacto grupal).
- 2º: control: (¿tengo poder?),
- 3º: Afecto. (¿a quién quiero o amo; quien me quiere o ama?

Estas necesidades humanas, forman el “reino de la necesidad” al cual pertenecemos. El punto de inflexión de la maduración humana se da cuando pasamos de la necesidad al DESEO.

Al hablar de “necesidades”, hay que entender que éstas no se dan tan sólo en la cotidiana vida del sujeto terapéutico, sino que acontecen también con el psicólogo en el contexto relacional de la alianza de ayuda, del vínculo terapéutico. Si el paciente, por ejemplo, subraya la necesidad de autocomprensión, o de afecto, además de en su vida cotidiana, “átomo social”, acontece en la terapia delante y con una persona (terapeuta) que puede ayudarlo con su comprensiva, lúcida, sabia cercanía y afecto verdaderamente hondo. En el proceso no se da, tan sólo, un encuentro de roles, sino, de mayor calado, un encuentro de personas. Y eso ocurre con las demás necesidades mientras van madurando como deseos sanos y auténticos.

Aquí se va a distinguir metodológicamente, por razones de claridad: el yo en relación y la relación del yo. Puede parecer lo mismo, pero se va a proponer como dos ángulos de visión.

Primero: qué necesita el yo, psicológicamente hablando. Segundo: qué sigue necesitando cuando ha devenido conscientemente un nosotros.

Las necesidades del yo

Hay tres necesidades fundamentales que motivan hacia su satisfacción y hacen emerger el deseo humano. Su frustración hay que negociarla, asumirla, lo más sanamente posible o, al menos, tolerarla y convivir con ella, sin demasiado menoscabo de la calidad personal de vida

1ª Amar y ser amado

2ª Comprender el propio universo vital: entenderme y entender.

3ª Crear. En dimensión más sencilla y también valiosa: ser útil.

Estas tres necesidades humanas, motivadoras, son susceptibles de ser leídas en una primera aproximación o, más hondamente, en sus raíces con vocación de trascendencia. Aquí, a pesar de que al autor le gustaría hacerlo, la reflexión se quedará en la primera opción.

Amar, ser amado

Se trata de una necesidad fundamental: ¿A quién le intereso yo?, ¿Quién me quiere?, ¿A quién amo? Dimensión profunda sin la cual el cachorro humano no se desarrollará armónicamente. La caricia, el contacto, es esencial para un crecimiento seguro, protegido, expansivo.

Su frustración acarrea muchos y severos problemas en la evolución humana, en el proceso de crecimiento personal, en la supervivencia.

Parece fácil la realización de la persona con esta necesidad gratificada, pero amor, siendo la palabra más profunda de nuestro vocabulario existencial es, tal vez, la más adulterada. No llamemos “amor” a cualquier cosa que se le parezca: amor

es elección, opción seria y constante, susceptible de ser cuidada, regada, emoción motivadora, olvido de sí y entrega al otro, a los otros. Es solicitud, afecto e intimidad. Sembrado en la paciencia, mantenido en la motivación, cosechado en la reconciliación y la mirada adulta, la palabra y la escucha. Es contacto y respeto. Comprende, perdona, siente, alegría, acompaña, acaricia y supera el egocentrismo malsano. Uno de los lenguajes del amor es la empatía y, si me permitís ir más hondo, la compasión.

Comprender

El hombre, la mujer necesita consciencia y comprensión. Experimentar una lectura comprensiva sobre nosotros mismos y el mundo, la cultura, los paradigmas, la globalización, que nos rodea y en la que estamos inmersos, en la que vivimos mal o bien. Esta necesidad básica arranca de la racionalidad del ser humano y eso que solemos llamar sentido común. Aunque, como protesta a ese imperio de la racionalidad muchos hoy afirman: “Siento luego existo”.

¿Quién soy? ¿De donde vengo? ¿A dónde voy? Saber que lugar ocupo en el universo psicosocial, económico, cultural, familiar, político (en sentido original de esa palabra que debemos a Aristóteles y Platón: ciudad-estado), grupal, laboral, religioso. Tener una mirada que me sitúe en mi personal galaxia grande o pequeña.

Crear

El hombre necesita, siempre lo ha hecho, dejar una huella de su paso por la historia, por la tierra. Crear algo o, dicho más modesta, pero valiosamente: “Ser útil”.

La sensación de no valer o no ser útil para nadie, tarea o personas es muy frustrante. Deja sin realizar una necesidad básica. Eric Fromm (1971, p. 38) escribía: “el que no pasa por la vida creando, pasa destruyendo” (o destruyéndose).

El ser humano tiene necesidad de ver reflejado su poder: *homo faber*. Por eso el trabajo no es una maldición, aunque, en ocasiones lo vivamos así. Pertenece a la condición humana.

En Altamira nuestros remotos antepasados no sólo sobrevivieron cazando, sino que dejaron, tal vez por razones mágicas o simplemente artísticas, su huella en las pinturas de la cueva.

Ser útil es una necesidad importante. Todo hombre tiene derecho a un trabajo digno. Y para ello a una educación (*educere*) que saque de cada uno lo mejor de sí mismo. El paro es una enfermedad de la sociedad y de la economía basada en el dinero, no en el ser humano: un doloroso fracaso.

Cuando no satisfacemos la necesidad de crear, sobreviene una desorientación personal o la nostalgia de la vida anterior al paro o la jubilación. Si además se carece de los bienes necesarios para vivir dignamente no es preciso explicar el sufrimiento personal y familiar. Ocasiona un estado de ánimo con sintomatología angustiosa y depresiva, además de otras enfermedades psicosomáticas.

Los *hobbies*, tareas creativas, los voluntariados solidarios, el apoyo social, familiar, amistoso, despiertan la autoestima del que temporalmente ve frustrada su necesidad de crear.

El trabajo no sólo se califica y justifica por el salario, sino que pertenece a un radical humano. La expansión creativa, útil y/o lúdica, laboriosa, deportiva (del *homo ludens*), fatigosa, comunicadora de bienes, hablan del bíblico sudor de la frente no sólo en la necesidad de pan, sino en el deseo de ser plenamente humano. La familia, la profesión, requieren creatividad y esfuerzo.

Las necesidades del nosotros

Se han expuesto tres necesidades básicas: amar y ser amado, comprender y crear.

Pero el ser humano no es un ente individual, aislado. Desde su separatividad, tiene vocación de ser-en-relación. Su identidad más profunda y tal vez su única identidad es: ser con-otro, con otros.

Martín Buber escribía en ese maravilloso libro: “Yo y Tú”, que nuestra profunda identidad no la configura un “yo” sino un “yo-tú”. Soy yo cuando encuentro un “tú” o un “nosotros”. La persona es “en relación” o, más profundamente: es relación. Para poder decir, de verdad: “yo” con autenticidad, hemos tenido, previamente, que aprender a conjugar el “yo-tú”.

Buber, abrió un inmenso horizonte a la Psicología Humanista. Esto resonará, años más tarde J. L. Moreno en *Invitación a un encuentro* (1914). Carl Rogers redactará su breve y original *Grupos de encuentro*. En Harvard, Schutz escribirá su libro: *FIRO. Orientaciones fundamentales de las relaciones interpersonales*, en el que ahonda que el ser humano llega a la relación con otros desde necesidades esenciales de orden psico-social.

Autores clásicos contemporáneos de Freud, Adler, Jung, como el Dr. Fritz Künkel escribirán para psicoterapeutas: “Tan pronto como se logra el –hallazgo de sí–, se ha logrado también el –hallazgo del nosotros– y está en buena vía lo tercero y último que acaece en la esfera de Psicoterapia: el “hallazgo de Dios”. En este momento el psicoterapeuta enmudece y acompaña como testigo. Hasta aquí Künkel (1972).

Aparecen aquí otro manojito de necesidades básicas que dinamizan la relación con el otro, los otros:

- 1ª Inclusión.
- 2ª Control.
- 3ª Afecto.

Esto no es nada nuevo. Se puede haber experimentado en las Dinámicas de Grupo, en la Terapia de Grupo y también en el proceso individual.

1ª. Inclusión

Todos recordamos en la pirámide de Maslow la necesidad de pertenencia. El sujeto humano, necesita estar incluido en un mundo relacional: familia, amigos, trabajo, comunidad solidaria, etc... Ser alguien en medio de los otros cercanos. Conjuguar mi vida en plural, ampliar mis límites (cf. López-Yarto, S.J., 2014). Ser yo interaccionando con otros. Esta necesidad satisfecha que exige una madurez, deja paso a otra que aparecerá pronto:

2ª. Control

La necesidad de vivir mi parcela de poder que limita al norte, sur, este y oeste con el poder de los otros.

Si la pregunta a la necesidad de inclusión era: “¿Cerca o lejos?”, en este momento de encuentro es: “¿Arriba o abajo?”. ¿Tengo, en relación con el otro, los otros: mucho, poco poder? No tener nada de poder es prácticamente imposible.

¿Cuáles son mis fronteras y dónde empiezan las de los otros? El niño, el bebé, en su debilidad, tiene mucho poder, el adolescente anda por la pubertad tanteando su poder, el adulto lo ejerce con límites.

Quien entra en un grupo, rápida y, en ocasiones inconscientemente, evalúa su cuota de poder: su saldo positivo o negativo.

En cualquier proceso psicoterapéutico esta necesidad o dimensión humana tarde o temprano aparece siempre. El psicoterapeuta evidentemente tiene un poder (que le otorga su formación universitaria, conocimientos, experiencias vitales, rol). Ha de ejercerlo en beneficio del que solicita ayuda, pero, esto es importante, tiene que reconocer seriamente la libertad, conciencia y el poder del paciente.

3ª. Afecto

Se ha hablado antes de la necesidad de amar y ser amado. En la relacionalidad del sujeto la pregunta es: ¿Me quieren o no me quieren? ¿Me siento cerca o lejos? Detrás está la posibilidad y necesidad de expresar y acoger sentimientos positivos. De sentirse aceptado y respetado y, más o menos amado.

Aprender a desear tiene radicalmente que ver con aprender a amar. Toda vida es un largo aprendizaje, afortunado o desafortunado de la arraigada actitud amorosa. Un amor no cimentado en la necesidad sino creciente en la tierra del deseo. Solicitud, afecto, intimidad. El proceso psicoterapéutico se alimenta secretamente del amor: real, respetuoso, consciente de la situación, del otro, de sus circunstancias, de su ética y opciones vitales. A algo, =Alguien”, se refería Víktor Frankl al nombrar el “supra-sentido” de la vida. Horkheimer (2000, p. 195), hablará de “anhelo de lo totalmente otro”.

El psicoterapeuta tiene el silencio y la palabra, el corazón y la sabiduría. Como la representa o anhela el paciente que busca, en sus crecientes recursos su palabra, su elección humana.

De la necesidad al deseo

Hasta ahora se ha hablado aquí empíricamente de necesidades humanas. Pero las necesidades humanas que aparecen en el proceso psicoterapéutico y que ayudamos a sanar son la antesala del DESEO que pasa por ellas y las trasciende. Podemos tener deseos de llenar nuestras carencias y completar el ciclo de satisfacción de las necesidades que impulsan direccionalmente. Son deseos de corto alcance, de exiguo recorrido. “deseillos”. “La sed que yo siento no me la calma el beber”, escribía Machado (1917-2017, p. 84).

No somos sólo un manojo de necesidades sino sujetos de deseos que, sanados y madurando nos abren al horizonte infinitamente libre del Amor. El hombre, escribía Nietzsche es un “animal enfermo”. Enfermo de un cierto vacío, enfermo de separación, de deseo de relación. De que resuelva bien o mal ese movimiento incontenible del deseo dependerá prácticamente todo: su felicidad o infelicidad, su humanidad o in-humanidad.

El deseo tiene, como la humana conciencia del bien o del mal, una impronta ética. Somos configurados por nuestros deseos, de ahí su ambigüedad. El deseo tiene una “estructura mimética”, puede ser diseñado desde fuera. (René Girard, 2006). Eso no es bueno ni malo. Nos enseñan a “desear”. Aprendemos miméticamente a desear. No sólo el niño sino el adulto (que no equivale a maduro). ¿Deseo yo o desea el “otro” (sociedad, cultura, poderes, mercados, medios, publicidad) en mí? Hacer emerger el deseo mimético (René Girard), adaptable, dinámico, personal, nos lleva a elegir quienes somos y quienes queremos ser.

Pero lo radical en el hombre es que puede discernir y elegir sus deseos. Puede dar alas al corazón humano, sede del deseo, y centro unificador de toda la persona, que le lleven a quemarse y estrellarse como Ícaro o a volar libre en busca del otro, de la tierra prometida.

Somos seres constitutivamente separados e in-completos, relativos a otros, por eso tenemos deseos. Se trata de superar el aislamiento y la fusión, para llegar a lo sanamente maduro: autonomía relacionada. La soledad es buena y sana si es un anclaje de la búsqueda del otro: en una palabra, del AMOR.

Búsqueda amorosamente trascendida y, profundamente, sepámoslo o no: Trascendente.

Agustín de Hipona, uno de los más grandes pensadores de la humanidad (finales siglo IV, principios del V), exclamaba: “Nos hiciste, Señor, para ti, y, nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti” (397/1969, Conf. 1,1,1). Si algo constituye el deseo, ese anhelo sentido, es que va siempre más allá de lo conseguido. Gente no religiosa como Horkheimer (2000) hablará de: “anhelo de lo totalmente otro”. Nietzsche dirá: “que el gozo, término del deseo, quiere ser eterno”. Ernst Bloch afirma que la finalización del inacabable dinamismo humano del deseo apunta a la “patria de la identidad” (Bloch, 2007, p. 254): reconciliación perfecta del hombre consigo mismo, con la naturaleza, con los otros. (Cf. García SJ, 2011).

En lo humano la necesidad, las necesidades que venimos describiendo, llevan

la impronta del deseo. El deseo del otro tiene su origen en la necesidad del otro, pero no es reducible a esta pura necesidad. Lo radical del hombre es que puede elegir sus deseos, como apuntaba Agustín de Hipona (397/1969), uno de los más antiguos padres de la introspección.

Ernst Bloch afirma que la finalización del inacabable dinamismo humano del deseo apunta a la “patria de la identidad”: reconciliación perfecta del hombre consigo mismo, con la naturaleza, con los otros.

En lo humano las necesidades que se han descrito llevan la impronta del deseo mas allá de mi necesidad, ya que el deseo no es reducible a la pura necesidad. Y se trata de no destruirlo con mi voracidad, ni banalizarlo.

Desear es renunciar a hacer del otro “objeto”. La palabra revela en el otro un sujeto interlocutor, no un “objeto” devorador. No es útero ni quimera, es encuentro real que nos abre a un horizonte inabarcable (Vasse, 1969).

Zygmunt Bauman (premio príncipe de Asturias 2010) habla de una “modernidad líquida” Ya casi no hay referencias estables, nada es definitivo, sólido. ¿Dónde podemos agarrarnos en la vocación y tarea de ser humanos? Si lo hacemos al reino de la necesidad, fracasaremos o, todo lo más, sobreviviremos. Si edificamos nuestra vida sobre el deseo, maduro, bueno, realista (y utópico a la vez), podremos diseñar un proyecto vital humano y humanizador, maduramente compartido.

El sentido sanador de la vida del que hablaba Viktor Frankl (2004) puede acontecer en el proceso terapéutico, en la relación humana paciente-terapeuta. Y acontece en forma de deseo, desde nuestra esperanzada pobreza o desde nuestros trastornos egocéntricos.

El psicoterapeuta humanista depositario de la esperanza de sanación, maduración, crecimiento personal asiste al parto, en el sujeto de la terapia de deseos que siguen el itinerario: yo-tú-nosotros y horizonte inabarcable del deseo humano.

Desear al otro, es quererlo por lo que es (diferente a mí) y que yo no soy o no tengo, “Desearlo” es renunciar a hacer del otro un objeto de mi necesidad. No reducirle a eso. No destruirlo con mi voracidad.

En estos temas reconozco que Fritz Perls se queda corto de miras. La *Gestalt* ofrece herramientas terapéuticas muy útiles, pero no tiene una filosofía de fondo que toque hondamente al ser humano.

El otro no está solamente para satisfacer mis necesidades (eso sí lo dice la *Gestalt*). Puede haber una etapa evolutiva en que este vínculo se dé. Si el otro sirve sólo para satisfacer mis necesidades no es el otro, es lo otro. Es, en el lenguaje de Buber, “el yo-ello”. No se trata ni de perderse en el otro, ni aislarse del otro, de los otros. Encontrar la propia intimidad habitada y recibida. ¡Busquemos la Fuente de nuestro ser!

Encontrarme y encontrarnos, en los otros, a través del deseo es: muerte y vida, desierto y oasis, renuncia y gozo. Alteridad insondable y cercanía vivificante. Cuando llegamos a entrar en la profunda dinámica del bueno, saludable, maduro y auténtico deseo estamos configurando o siendo configurados en nuestra más

profunda identidad humana: devenimos más grandes que nosotros mismos. ¡Somos libres para amar/amarnos! (cf. Vasse o.c).

Este es el camino en el que “acompañamos cuidando” (en griego *terapeuo*) escuchando, amando.

Agustín de Hipona (397/1969) nos invitaba hace 16 siglos: “No quieras huir hacia fuera, vuelve a ti mismo, en el hombre interior habita la Verdad”. El deseo auténtico, no prestado ni colonizador, te hará consciente de la Verdad que te constituye: ¿quién eres de verdad?

Jean Paul Sartre escribía que: “el hombre escoge su pasado”. En cierto modo es verdad cuando en terapia (que, en sujetos, viene bien que sea ecléctica: terapia a medida del paciente) hacemos una re-lectura y re-interpretación de nuestro pasado que tantas huellas deja en nuestro presente y futuro. Venimos de Alguien, recibimos la vida y nuestra libertad elige, con realismo y madurez quienes somos y qué deseamos para nuestro (plural) futuro. De lo que deseemos dependerá quienes somos.

A la sana y honda humanidad fecunda se le puede llamar “tesoro escondido” del que muchos están viviendo y todos llamados. Teilhard de Chardin (1957) afirmaba: “Nada es profano en la tierra para quien sabe ver”. Y yo añado aquello de que: “Lo que el árbol tiene de florido vive de lo que tiene de escondido”

El deseo, portador del amor, tiene la palabra, la auténtica, última, definitiva. Aunque en la “modernidad líquida”, que analiza profundamente el galardonado con el premio Príncipe de Asturias en 2010, Zygmunt Bauman (2002) (premio Príncipe de Asturias 2010), ya casi no existen referencias estables. Nada es definitivo, sólido; no podemos agarrarnos al agua, a los fluidos, para establecer, sobre roca, un proyecto vital basado en el deseo maduro, compartido, realista y bueno.

Llegamos así, en el acompañamiento terapéutico, hasta la frontera en la cual, nuestra palabra más elocuente será el cordial silencio respetuoso.

El supra-sentido de la vida, que diría Viktor Frankl (2004), puede acontecer, en el proceso terapéutico, en nuestra frecuentemente dolorosa, pobreza y, en situaciones, “esperanzada pobreza”, como deseo, más grande que nosotros mismos. Y nosotros, psicoterapeutas, somos asombrados testigos más que coautores.

Siendo motivadores de su espera saludable, asistimos a la gratuidad de la Esperanza en la existencia personal de esa mujer, ese hombre, que nos dio el modesto poder de acompañarle en su devenir yo-tú-nosotros. Asistimos al parto, no sin dolor, de auténticos, libres, buenos, sanos y enraizados deseos.

El ámbito de la terapia no está exento de “guerras”, “escaramuzas” en el interior del sujeto y en su entorno. Hay que acompañarle en los duelos, sufrimientos, desencuentros, relaciones, autoconcepto, ayudándole a que, sanando sus heridas, encuentre la Paz dentro y fuera en el continuo ir y venir por su vida (en el límite de contacto). Esta paz es un horizonte sin límites hacia donde mira su deseo más profundo. Si la palabra AMOR auténtico, no basado en la necesidad sino en el deseo verdadero, teje nuestra existencia, la PAZ, basada en la Justicia, nos hará libres para

recibirla como un don y cultivarla como una tarea.

En el panorama de una cultura inhumana, el famoso psicólogo y filósofo francés Michel Foucault, (autor mas citado del mundo en 1987, en el ámbito de las Humanidades), se preguntaba: “¿Todavía existe el hombre?” Los lectores tienen la PALABRA.

Referencias bibliográficas

- Agustín de Hipona (397-1969). *Confesiones*. Madrid, España: EDAF.
- Bauman, Z. (2002). *Modernidad líquida*. Madrid, España: Fondo de Cultura Económica de España.
- Buber, M. (1984). *Yo y Tú*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Nueva Visión.
- Bloch, E. (2007). *El principio esperanza*. Madrid, España: Trotta.
- Chardin, T. (1957). *Le milieu divine. Essai de vie interieure*. París, Francia: Ed. du Seuil.
- Foucault, M. (1968). *Las palabras y las cosas*. México DF, México: Siglo Veintiuno.
- Frankl, V. (2004). *El hombre en busca de sentido*. Barcelona, España: Herder.
- Fromm, E. (1971). *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea. Hacia una sociedad sana*. Madrid, España: Fondo de Cultura Económica.
- García, J. A. (2011). *Ventanas que dan a Dios. Experiencia humana y ejercicio espiritual*. Santander, España: Sal Terrae.
- Girard, R. (2006). *Los orígenes de la cultura: conversaciones con Pierpaolo Antonello y João Cezar de Castro Rocha*. Madrid, España: Trotta.
- Horkheimer, M. (2000). *Anhelo de Justicia. Teoría Crítica y Religión*. Madrid, España: Trotta.
- Künkel, F. (1972). *Del yo al nosotros. Nuevas orientaciones de la psicoterapia dialéctica*. Barcelona, España: Ed. Luis Miracle.
- López-Yarto, L. (2014). Del yo al nosotros. Fundamentos psicológicos de la alteridad. *Manresa*, 86, 109-121.
- Machado, A. (1917-2017). *Poemas*. Barcelona, España: linkgua-digital.
- Rogers, C. (1979). *Grupos de encuentro*. Santiago de Chile, Chile: Amorrortu.
- Sartre, J. P. (1979). *La náusea*. Buenos Aires, Argentina: Losada.
- Schutz, W. (1966). *FIRO: A Three Dimensional Theory of Interpersonal Behavior*. Palo Alto: Science and Behavior Books.
- Vasse, D. (1969). *Le temps du désir*. París, Francia: Seuil.